

Lautaro Yankas

VENDIMIA

—**B**UENAS noches, patrón. Me han dicho que le falta gente pa la vendimia, y vengo a ofrecerme.

—Falta gente. ¿De ónde vienes?

—Del alto.

—Hoy me hablaron de Pantaleón Encina. ¿Es tu nombre?

—El mismo.

—Bueno, te doy trabajo siempre que dejes en paz a la Pilar, que está vendimiando aquí. No quiero enredos.

—No hay cuidao, patrón. Yo quiero trabajo, no busco mujeres. Aquello se acabó. Las mujeres no lo pescan a uno dos veces.

—Quédate entonces.

Encina, a modo de saludo, se tocó el ala del sombrero y fué a reunirse con la gente bajo el cobertizo de tablas que se levantaba a un lado de la pajera. El patrón ese día no volvió a ocuparse del nuevo vendimiador.

La faena había sido ruda, y la gente, sentada o tendida, relajaba sus miembros fatigados, dejando oír a intervalos un rezongo, una risotada. La noche iba haciéndose remanso de sombra, desgarrado a veces por el guijarro flojo de la conversación.

La llegada de Encina a la vendimia estaba previs-

ta, pues acabando en el alto la gente bajaba a la corta en «El Pajal». Encina, sabiéndolo, no quería excitar la suspicacia de sus compañeros. No fueran a creer que era un cobarde. Apareció en el galpón sin que su llegada excitase la curiosidad de nadie. Por lo demás, como había obscurecido, su cuerpo asarmentado, no destacaba ni energía extraordinaria ni insignificancia. Todos sabían, sí, que Encina había hecho vida marital con la Pilar hasta el día en que la mujer encontró algo mejor en un muchachón de ojos claros que trabajaba como un buey, pacífico y dulce, y sabía sonreír a las mozas sin alardear de su buena suerte. Encina, que por mala costumbre tenía una hembra en cada rancho, no recibió con enojo el desvío de la Pilar, ya que habiéndola tenido a su lado con mayor frecuencia que a las otras, hastiábase de veras desde que el escaso cariño había muerto; si es que lo hubo; pues la pareja amaneció un día junta, después de una fiesta de Corpus, sin que Encina supiera el por qué.

Desde la cocina gritaron hacia el cobertizo y dos hombres se encaminaron en busca del ollón de comida. Se encendió una vela y los hombres, quince en total, llegáronse a la pitanza, que olía a color. Encina comió en silencio, con apetito, estimulado por el picante sabor de las pancutras. Sentíase contento; en el alma no llevaba ningún peso difícil. Tenía lo que necesitaba, un jornal seguro, buena comida y mujeres; no podía quejarse. Las caras que veía, semejantes a la suya, alrededor del ollón, enrojecidas por la llama vacilante, se arrugaban al influjo de acaso, torvos pensamientos. Encina no se preocupó mucho de sus compañeros, y una vez terminada la comida, se tendió en un rincón, sobre un haz de paja. Sólo entonces se le ocurrió hacer una pregunta.

—¿Cuántas melgas hicieron hoy?

—Cinco. Hay trabajo pa quince días.

—¿Cuánta gente?

—La que ve y cinco mujeres... «El Pajal» siempre junta más gente.

Encina miraba la vela puesta sobre un palo y sus pensamientos se deshacían antes de formularse.

—Mañana habrá una menos—dijo alguien.—Esta noche está celebrando su casorio.

—Esa, mañana, sale a trabajar—se oyó a otro.—No es la primera vez que se casa...

Encina vió que alguien soplabla la vela. Escuchó: el silencio del campo. Los pensamientos arañaban la sombra y se traducían en algún rezongo, una blasfemia. Alguien fumaba. Rato después, Encina oyó en el extremo opuesto de la pieza una historia ardiente aderezada con mujeres conocidas, con nombres que Encina más de una vez había pronunciado con violencia de insulto, en la brutalidad del abrazo. Escuchando aquello, se dió a pensar la interminable historia de su vida aventurera que daba marchitez viciosa a sus cuarenta años. De eslabón en eslabón, su atención complacida vino a dar en la mujer que acababa de abandonarlo, la Pilar, cuyo cuerpo pálido y blando, lo atrajo antaño con violencia. Pero esta noche, su pensamiento excitado deleitóse en otros nombres, que representaban cuerpos todavía tiernos y provistos de una gracia poco frecuente entre las hembras del inquilinaje.

Una hora después, el sueño, entre ronquidos. Los sapos melódicos en la vega próxima.

*
* *

La gente desayunada, se fué a la viña chica, próxima a las casas. Las primeras neblinas de Abril cubrían el campo altibajo y sobre las hojas matizadas dejaban enjambres de gotitas frías. Los apretados racimos de ámbar, se abrigaban entre las guías mo-

jadas, a la espera del sol tardío. La faena comenzaba con el ritmo acostumbrado; el tac, tac de las tijeras poblaba el silencio; los canastos se llenaban con rapidez y eran llevados en los extremos de las varas por los canasteros jadeantes. El rocío helado iba impregnando las ropas de los vendimiadores y bajo sus ojotas se formaba una gruesa suela de tierra apelmazada que entorpecía sus movimientos. La primera carreta con las pipas cargadas de uva se alejó loma abajo. En ese momento Encina vió llegar a las mujeres, que venían con retraso. Miró con cautela hacia el grupo y reconoció a la Pilar que se acercaba delante de las demás con su falda añil y su blusa azafranada, prendas que él no le había visto antes, así como el pañuelo morado que guardaba su pelo. Encina sin abandonar la corta, a veces pensosa por la excesiva humedad que impregnaba su ropa y sus huesos, observaba el trabajo activo y silencioso de las mujeres. El frío era intenso; a pesar del trabajo la gente no lograba entibiar sus miembros. Las mujeres tenían puestos sus rebozos, los hombres las delgadas chaquetas de mezclilla o de saco. La viña trepaba el faldeo hasta perderse en la cumbre, y su vasta mancha amarilla se pintaba de oro viejo, de carmín, de siena. La madurez del otoño. Los racimos apretados y duros, a veces tentaban a la gente y las bocas desmochábanlos con avidez. Los granos redondos y cristalinos entregaban su jugo fragante y melado que excitaba la garganta y pringaba bocas y manos. La gente bendecía y envidiaba, todo junto, aquella inesperada abundancia. La viña doblaba su rendimiento. Opimas como un cesto colmado se ofrecían las cepas. No había que buscar entre las guías, como sucedía en otras viñas de la región. La gente trabajaba con brío y a medida que avanzaba la mañana, el hálito de la viña los excitaba hasta infundirles una suerte de embriaguez. Las mujeres rendían más

y, poco a poco, una tras otra, dejaban atrás a los hombres, que a veces se entretenían en comerse el racimo más hermoso.

Encina cortaba en una cepa baja de guías abiertas y largas. Pensó que era una mala cepa y que en la próxima poda habría que tratarla con cuidado para que rindiese lo debido. Los racimos magros no habían madurado bien. Acababa de pensar en ello cuando sus ojos se encontraron con los de la Pilar que cortaba en la melga de enfrente. En ese instante Encina oyó decir a su compañero inmediato:

—La Pilar no ha perdido sueño, parece, con el casamiento. La veo tan afanosa como ayer.

—¿Por qué no va a estar afanosa si siempre lo ha sido?—contestó una mujer que estaba cerca.

—¿Y qué es del hombre?—preguntó otro.

—Buen mozo, el guaina—declaró un tercero a unos pasos, perdido en una cepa cargada.

—A la Pilar no le gusta lo feo, ni lo viejo y gastao.

—Lo viejo y gastao se echa a un lao—sentenció una vieja de ojos guiñadores.

El silencio, al ritmo de las tijeras. La neblina se abría, huía con desgano, enredándose en las cepas distantes, y la luz se doraba poco a poco, animaba la acuarela de la viña. Encina sentía malestar escuchando las palabras intencionadas de la gente, que quería lastimarlo, empujarlo contra esa mujer. El no la odiaba ni la quería; pero le costaba resistir el picor de la mala intención, el veneno de la chanza. Hubiera deseado no ver a esa mujer en ese momento, estar lejos. No respondió a las intencionadas frases que zumbaban a su lado, y se limitó a mirar a la hembra, en tanto sus dientes de lobo mordían un racimo haciendo estallar los duros granos. Sus ojos, empero, no pudieron desmentir la fresca robustez de la Pilar. Los hombros redondos delataban su mansa suavidad

bajo la blusa ajustada; sus senos llenaban ampliamente su pecho de hembra fecunda, que nunca quiso tener hijos, malográndolos con fiereza; y sus caderas, generosas, ponían en el alma ardientes imágenes. Había en la mujer algo nuevo, que no era precisamente aquella blusa vistosa, ni aquel amplio ritmo de caderas, ni la sonrisa recatada con que respondía a las bromas. Encina advirtió obscuramente la distancia carnal que lo empujaba de súbito hacia ella, esa distancia magnética del presente malogrado por un pasado irremediable. La conciencia, prendida ya en ese hombre, de que la Pilar pertenecía por entero a otro, comenzaba a turbarlo. Sus sentidos alterados comenzaban a percibir la presencia de una Pilar diferente, carnal y bizarra, como muchas hembras de las lomas, pero adornada de una fragancia nueva impregnada de ese sutil misterio de la aventura. Por otra parte, no recordaba él esa mirada escurridiza y suave que enviaba ella a los hombres cercanos y que proclamaba su felicidad amorosa. En ese instante Encina la vió coger un canasto colmado de dorados racimos, ponérselo sobre la cadera y salir con él hacia la carreta, detrás de los canasteros presurosos. Su cuerpo ágil y expresivo recibía el sol esfumado por la niebla distante. Encina sintió el primer impulso de rabia ante aquella fuga disimulada. ¿Por qué huía de él si ya no lo quería? El no le hacía daño con mirarla de vez en cuando, mientras los otros se la comían con los ojos y las palabras, hambrientos de su cuerpo, que conocían sólo de oídas. ¿Por qué se iba? El oyó cómo los canasteros al cruzarla y los carreteros la sofocaban con frases groseras, recordándole la reciente noche de bodas. Ella, avergonzada y palabrera, se acercó de nuevo a la melga, la cara roja de coraje y de malicia.

—Si no tenía pa qué ir a toriar a esos guainas,

doña Pilar; ya oyó toíto lo que le soltaron. Es gente muy mala, ésta.

—Na tienen que decirme. Dueña soy de hacer lo que me dé en gana.

—Como que es grandecita, pues. Culpa suya es ser como es, uva moscatel. ¡A quién no le gusta lo bueno!

—A muchos hay que ya no les gusta—gritó una moza morena y hombruna, enderándose con las manos en los riñones. —Le perdieron el gusto.—Y guiñó el ojo en dirección de Encina que, agachado, parecía no ocuparse de la conversación.

—No, lo que hay es que lo bueno se acaba pronto si no se cuida.

La Pilar atacaba una nueva cepa y su brazo desnudo hasta el codo se movía por entre las hojas con extraña energía. Las mujeres, sin abandonar el trabajo, la observaban con ahinco, envidiosas de su cuerpo y de sus vestidos nuevos. Encina se incorporó para descansar un instante. Tendió su vista por la viña, deteniéndola en las demás mujeres, inclinadas y afanosas. Las dos más jóvenes habían sido suyas y de todos más de una vez. Eran bestias obedientes al trabajo y al placer sorpresivo y brutal. La Pilar era distinta; bastaba mirarla. Encina advertía con rabia en aquella cara enrojecida y sensible, la existencia de un sentimiento profundo, que luchaba todavía con lo desconocido. El la había conocido simplemente bestia. Este cambio, humillante para él, hacía crecer su irritación.

El patrón corpulento y barbudo, el pelo rojo desbordando bajo el sombrero pardo de anchas alas, asomábase de vez en cuando a la faena, animando a la gente, guiñando el ojo a las mujeres, regañando a los hombres lerdos. Venía de la máquina moledora, situada junto a la bodega. Sus manos y su ropa llenas de pringue del estruje, reforzaban sus palabras

broncas y malhumoradas. Al pasar junto a Encina se acordó de la Pilar y por decir algo le regañó amistosamente, en voz baja.

—Eso se acabó, ¿eh?, Cada uno por su lado.

—Usté lo dice patrón. No hay que soplar el rescoldo, hasta que se apague.

Los racimos caían, uno tras otro, a cada golpe de tijera, mientras el pensamiento fermentaba con la fuerza temible de un caldo nuevo en la cuba madre. Encina deslizaba su vista por entre las hojas matizadas persiguiendo la figura, imborrable de la mujer que el destino ponía de nuevo ante él. La imagen del hombre que se la quitara movíase ufana en su instinto, sin acordarse que él la había abandonado antes. El sabor virgen que esto prestaba a la carne que ayer lo hartó, crecía en él como roce de la montaña.

Llamaban para el almuerzo. Encina se adelantó a los demás y trepó a la carreta que en ese momento se alejaba con las pipas colmadas de uva. Los cinco hombres de la máquina, bien remangados, la camisa abierta; llenos de pringue, se empeñaban en dar fin a la última pipa de uva. Caían por baldadas los racimos en la campana y los cilindros de lingue no tardaban en cogerlos, convirtiéndolos en claro y grueso chorro de jugo y orujo, mientras el escobajo saltaba a un lado y allí se amontonaba. Baldadas de orujo iban constantemente a alimentar la prensa situada en el segundo piso de la bodega, desde donde caía el jugo a la cuba del piso inferior. Encina esperó a sus compañeros contemplando el afanoso trajín. Los montones de orujo prensado y de escobajos impregnaban el aire con el agrio color de la fermentación. Por todas partes se encontraba ese olor, fuerte y turbador, cálido y penetrante de la uva en su milagrosa y embriagadora transformación. Las cubas que se habían llenado el día anterior, despedían ya su alien-

to capitoso. Encina gustaba de sentir ese olor agrio y contumaz de los caldos, donde bullía una vida nueva, que haría desvariar a los hombres. Gozaba al sentirse envuelto en la emanación caliente del orujo amontonado al sol, a donde iba a comer los chanchos y los bueyes, que luego la embriaguez hacía caminar vacilantes y caer redondos. Le gustaba, más que morder el racimo duro de moscatel o de pinot, beber la chicha nueva, de empalagoso dulzor, a grandes tragos que dilataban su estómago sufrido, para hartarse en los días siguientes con la chicha fuerte y curadora. La vendimia constituía para él la mejor fiesta del año, su mayor hartura, el desquite mejor logrado de su bovina existencia.

*
* *

Comenzado el trabajo de la tarde, Encina tuvo ocasión de acercarse a la Pilar, quien, presintiendo un peligro, había evitado su presencia durante el almuerzo. La mujer había notado la alteración creciente, encubierta del ceño en aquel hombre. Temía, pues, una sorpresa, y esperaba, con ansia el fin de la jornada para volverse a su rancho y no aparecer más por la viña. La mirada escondida y torva de Encina, que los demás no lograban comprender, ponía en su alma fatalizada, de mujer obediente, pasiva, una angustia irremediable. Acaso sabía ella que la mujer en la vida libre y animal de los campos, es el primer acicate de la fatalidad. Cuando en forma sorpresiva lo vió a su lado y sintió en su brazo la presión de garra de aquellos dedos, se acordó, al mirarlo, ahora francamente, de las veces que ese hombre la había golpeado, las mismas veces que ella casualmente lo quiso, con más pasión que ternura, pues la ternura no la conoció hasta ayer, en brazos del

otro. Sin embargo, tuvo un primer movimiento esquivo, sin resultado; la garra de Encina no soltaba.

—¡Qué es lo que querís! Suéltame de una vez— gimió ella en voz baja, íntima.

—Espérame esta tarde; tengo que hablarte.

La mujer lo miró y la fiera amenaza fija en las pupilas del hombre la hizo callar. La garra aflojó, y cuando ella se iba, oyó todavía:

—¡Qué no te vayay sin verme!

Luminosa, sonriente, inagotable, se ofrecía la viña, con sus cepas henchidas como ubres. La gente no cejaba, vencido el cansancio por aquella abundancia bendita y tentadora. La Pilar, con su canasto bajo la cepa, daba rienda a su turbación. El sol ya rasaba la loma, arrancando chispas a las hojas pintadas y al ámbar de los racimos. Había que tomar una resolución antes que acabara el día. A su lado cortaba una vieja de ropas grises y pañuelo blanco en la cabeza; su perfil aguileño se suavizaba en la mirada amparadora y risueña, poco frecuente entre las caras desbastadas y torvas del inquilinaje. La Pilar al advertir su cercanía escondió cuanto pudo su malestar, para no dar incentivo al parloteo de la vieja. Pero fué en vano.

—No te escondas conmigo, niña, que yo sé lo que te pasa. Encina tiene malos pensamientos y te va a dar mucha pena. Pero la culpa no es del pobre, que es más bruto que lesa. A ver, ¿pa qué viniste a la viña? Anoche estuviste con el otro, eso se te ve en los ojos, y por eso Encina está encandilao. Cosas de la vida, mujer.

—Mal hecho que él venga a acordarse de una ahora que es tarde.

—¡Hem! Nunca es tarde, mujer, pa sufrir. Dios te dió ese cuerpo y esa cara y, dentro, un corazón blando. Todos te miran como cosa suya. Dios quiera que na te pase. Te acompañaré a tu casa luego.

—Dios se lo pague, doña Rosalba, pero na pasará porque sé defenderme.

—Ay, mujer, te compadezco.

La Pilar cogió el canasto lleno, se lo puso a la cabeza y se alejó en demanda de la carreta. Volviendo con el cesto vacío, encontró su resolución: no esperaría a Encina. Para no escuchar a la vieja, cortó en una cepa distante. El sol se iba, la viña desteñía en el crepúsculo. Se cortaba con holgura entre risas y chismes, con la fácil voluntad con que se repite una tonada.

Llamaban para la comida. La gente bajó a las casas y luego los ollones humearon apetitosos. La Pilar comió sin saber lo que hacía: Encina no estaba allí. Pensó en pedir a doña Rosalba que la acompañara, pero luego el destino fué más fuerte que ella y rechazó esta idea. Terminada la comida, se despidió de la gente y, seguida por los ojos encendidos de los hombres, salió del patio hacia las lomas. El cielo brotado de estrellas, La Pilar miró a lo alto, se arrebujó en su pañuelo de lana y emprendió la marcha con nerviosa premura. ¿Por qué Encina no estaba con los otros? Habíala dicho que lo esperase; ¿a dónde se había ido entonces? Su corazón le decía que él no la esperaba en ese instante. Encina no sabía esperar. ¿A dónde había ido? Bajo la percusión de pensamientos funestos su corazón se contraía. Sus pies tropezaban en los matojos y en los terrones y más de una vez estuvo a punto de caer. Ella, que era más cerril que las cabras, no se asombraba ahora de la torpeza de sus pasos. El temor a lo desconocido repetía en su alma la misma pregunta agorera. ¿A dónde había ido? De golpe cayeron sobre ella las palabras de doña Rosalba: «Ese hombre tiene malos pensamientos». Seguidamente, la percusión de la angustia trajo el recuerdo vivo y punzante del marido. El miedo la asió a esta imagen sencilla y ruda y

empujó sus pasos loma arriba, en busca de su rancho. La falda se tendía ampliamente, y en la distancia confundida con la sombra próxima, no apuntaba una luz humana. Había que caminar mucho aun. Tras esa loma, otras, llenas de repliegues, de encrucijadas, de sorpresas. La Pilar seguía su marcha, las manos pegadas al pecho agitado, los ojos fijos en el negro horizonte, el alma puesta en un ruego supremo, la voluntad fundida en la angustia. No esperaría, ¿para qué?

Traspuesta la segunda loma, divisó una luz. Era el rancho. Su corazón latió con brío, asido a la esperanza. Pero sus ojos se apartaron al punto de aquella luz para fijarse en un bulto que se movía al borde de la cerca próxima. Era un hombre. La Pilar debió oírlo para poder reconocerlo.

—¿Onde vay?

La mujer se detuvo, medio muerta, sin fuerzas para hablar. El hombre se acercó, le rodeó el cuello con su brazo y le echó el aliento vinoso.

—En la quebrá de arriba me topé con tu marío, que venía a encontrarte. Acababa de salir del trabajo y venía de mal humor. Me palabrió...

—No es cierto, —logró decir ella.

—Cállate, porque...

—¿Onde está?

—En la quebrá de arriba, debajo e las quilas...

La mujer abrió la boca, pero el grito se heló al ver el brazo del hombre en lo alto, dispuesto a aplastarla.

—Ni los jotes van a saber que lo maté. ¡Y a la hora que vos hablís!

La Pilar sintió en su pecho un borbotón de llanto, grande como su desgracia, y un gemido suave desgarró la sombra.

—¡Pa qué lo mataste!... ¡Si era bueno! ¡Pa qué lo mataste!

—No sé. Déjalo. Eso se acabó.

La mujer convulsa, desprendióse del hombre y cayó al suelo entre sollozos.

—¡Si era bueno!

—¡Cállate, por la ¿Oís? Nadie sabrá. Diremos que se fué, que pelió con vos y que se fué pal norte. ¡No vís que era afuerino y a naide deja en las lomas!

Sollozaba sin ruido la mujer. Se entregaba al rudo destino, a la voluntad brutal de aquel hombre, que la víspera acaso no se acordaba de ella. Encina la levantó de un envión, y luego, abrazándola, bajó con ella el faldeo.